



retirada, arriesgado, penosísimo, el de Braga, subiendo despues por la orilla izquierda del Cavado para ir á dar á la provincia de Orense, y lo siguió ostentando en todo él una serenidad, fortaleza y energía admirables. Antes de meterse en las montañas, inutilizó la artillería y las municiones, y abandonó el tesoro del ejército para ejecutar con ménos atenciones y más rapidez la marcha. Esta fué un continuado combate con los paisanos apostados en los peñascos que flanquean el camino por la derecha, no siendo menores los peligros que amenazaban á los franceses por la izquierda con los precipicios por cuyo fondo serpentea espumoso el Cavado. Con frecuencia tenían que atravesar torrentes saltando uno á uno por medio de piedras colocadas en su curso, y constantemente hostigados por el paisanaje. Con entereza de ánimo caminaron, sin embargo, hasta llegar al puente de Saltador: allí, oyendo cañonazos, creyeron estar cortados por los ingleses, y tal impresion de terror causaron en el ejército, que muchos se desbandaron soltando las armas, y otros, precipitándose á pasar el puente, cayeron y perecieron. Soult pudo restablecer luego el orden, y por fin el 17, al llegar á Montalegre, villa asentada sobre un risueño monte en medio de un tendido llano, se felicitó de haber salvado tan venturosamente su ejército. De noche se vieron en las alturas más cercanas las fogatas de Silveira, que se habia corrido de flanco á cortarles la retirada, suponiendo que irían por Chaves; pero ya no podían llegar á tiempo. A la mañana siguiente entraron en Galicia por la provincia de Orense, y á tales trasportes de júbilo se entregaron que se dijera al verlos era aquella su patria ó una tierra amiga. ¡Sin embargo, Galicia estaba siendo ya otro sepulcro abierto de la Francia!

Despues de la terrible rota de Medellin, que hizo correr al ejército de Cuesta hasta las montañas que confinan con Andalucía, el mariscal Víctor se situó en la antigua ciudad de Mérida, asentada en la márgen derecha del Guadiana, para observar sus movimientos, mantener en alarma á Badajoz y estar á la expectativa de los sucesos de Portugal.

Contra esta plaza hizo en los primeros una

tentativa que rechazó á cañonazos su junta. Despues no se movió hasta que se le incorporó el general Lapisse.

Habia sido éste destinado, en combinacion con Soult y Víctor, á invadir el Portugal por la parte de Castilla. Situado en Ledesma y Saianmanca con diez mil hombres, apenas habia hecho, desde que se apoderó de Zamora en Enero, más que una tentativa en Marzo contra Ciudad-Rodrigo. Contaba más que en sus armas en vergonzosas maquinaciones, y quizá hubieran tenido buen éxito sin la decision de los patriotas y la actividad del jefe de la legion lusitana allí acantonado, sir Roberto Wilson, uno de los extranjeros á quienes más debió entonces la causa española. Habiéndole éste cortado las comunicaciones con Víctor, y previendo que la insurreccion de los pueblos comarcanos de aquella plaza pudiera llegar á cercarlo y comprometerlo, resolvió pasar á Extremadura á incorporarse con el ejército de Mérida. Pudo conseguirlo (19 de Abril) forzando el paso de Alcántara, cuya villa saqueó y maltrató inhumanamente.

Juntos los dos generales, y con la orden que tuvieron de José, trataron de llevar á cabo, aunque tardamente, la mision del emperador sobre Portugal. Encamináronse á Alcántara, cuyo puente pasaron sin contratiempo por no haberlo podido volar el coronel inglés Mayne, y tras él llegaron hasta Castello-Branco (14 de Mayo). Allí, atemorizados por la presencia de Mackenzie en Abrantes, y llegando luego á sus oídos el rumor de la retirada de Soult, acordaron volver sobre sus pasos.

Empero ya no avanzó hasta Mérida porque Cuesta en su ausencia habia osado bajar á establecerse en la Fuente del Maestre, y la insurreccion de los pueblos de las orillas del Tago le hacia mirar con recelo aquella posicion. Se quedó en Torremocha, y aún de allí, atemorizado del aumento que tomaba el ejército de Cuesta, y de la llegada de ingleses á Castello-Branco, recejó luego (19 de Junio) hasta Plasencia, haciendo volar el famoso puente de Alcántara cuando lo hubo repasado. En ninguna de las guerras ocurridas hasta entonces en España se habia hecho más que volar uno de sus ojos.

## CAPÍTULO XXIII

### Las guerrillas y los guerrilleros españoles.—Galicia.—Asturias.

La insurreccion de Galicia no se habia apagado con la salida de Soult, sino, por el contrario, tomado mayor incremento. En breve no hubo en toda aquella espaciosa tierra, como en Cataluña, un solo hombre capaz de manejar un arma, ya la escopeta ó el trabuco, ya la espada ó la hoz, que no corriese á alistarse en alguna de las numerosas partidas que se formaron en derredor de los patriotas más ardientes y queridos del país. Brotaron entonces allí en grande muchedumbre, cual si del seno de la tierra salieran, esos pequeños ejércitos que operan libremente bajo la direccion de un caudillo independiente por una misma causa; esas guerrillas que nos han hecho célebres en el mundo y á las cuales debemos nuestras más brillantes glorias militares.

Las guerrillas son en España una creacion especial, hija de la naturaleza de su suelo, de la índole de su raza y de su historia. La tierra quebrada y desigual, sembrada de agrias montañas, pequeños valles y espaciosos llanos, ofrece á la guerra defensiva abundantes medios para una dilatada lucha. El genio altivo y sagaz del hijo de esta tierra, su valor, agilidad, frugales costumbres y sufrimiento; su amor al monte ó al valle en que se mecía su cuna, hacen de él un excelente soldado para la guerra

de ingenio, en que la osadía y la sorpresa juegan el principal papel. Por eso nunca han faltado defensores á la patria, aún en medio de los mayores y mas súbitos peligros: los romanos, los godos, los árabes, los austriacos y los borbones hallaron aquí generales improvisados, que arrancaban victorias inesperadas y hacían renacer la guerra y la esperanza del seno mismo de las derrotas. Aquí es un labrador, allí un molinero, mas allá un hacendado, junto á él un herrero ó un contrabandista, ó un fraile, ó un cuadrillero: ordinariamente es del fondo del pueblo de donde salen los Viriatos, Diaz de Vivar, Miguelots, Vallejos, Tamarites y Minas. Y es ocioso que se formulen reglamentos para este linaje de guerra, como lo hizo la junta central, pues sólo el instinto de conservacion y la conciencia pública pueden dar origen y leyes á estos cuerpos transitorios que nacen y mueren con la causa del peligro, y que sirven dentro de su esfera peculiar segun las circunstancias locales ó los incidentes del momento. Forma la guerrilla un hombre por algun título estimado; únesele gente de diversa ralea, patriota, inquieta, desocupada, vagamunda, codiciosa de nombre ó de fortuna, pero toda valerosa, audaz y de sentimiento. Ni el caudillo pide antecedentes, ni averigua el re-



cluta el génio ó la instruccion de aquel en cuyas manos pone su vida. Mal armados, sin uniforme y con escaso equipo, sin bagajes ni almacenes se lanzan á las empresas más arriesgadas confiando sólo en Dios, en la patria y en su brazo. Detrás de ellos, es verdad, está el país entero que los arma, los viste, los alimenta, los refuerza, los instruye de la situación y el estado del enemigo. Así compensan los ancianos, las mujeres y los impedidos su imposibilidad de asistir á los combates. En estos no hay táctica por lo comun ni disciplina; la estrategia natural guía solamente; y á la vista del enemigo se le ataca y se le persigue haciendo cada cual lo que puede. Las victorias exaltan y envanecen, y las derrotas no destruyen ni abaten. Si alguien cuenta una desgracia no se cree; y si despues se sabe que un ejército nacional ha sido vencido, que ha muerto un general, que el enemigo avanza, que las autoridades huyen, el guerrillero responde con el país entero. *¡No importa!* y marcha adelante. Llena su alma una fé viva, inacabable en el triunfo definitivo de la patria, y esta fé es la causa principal de su triunfo. Eso son las guerrillas, y eso es España.

Galicia se pobló de ellas, y para que sus esfuerzos fueran más provechosos dando cierta unidad á su operaciones, la Romana y la junta central se apresuraron á mandar jefes que ayudasen ó aconsejasen á los que se habian alzado y obedecia entusiasmado el país. El primero comisionó á los capitanes Gonzalez (alias Cachamuiña, del pueblo de su naturaleza) y Colombo; y la segunda al teniente coronel Barrio, al alférez Morillo y al canónigo de la catedral de Santiago, Acuña. Todos de acuerdo, constituyeron en las ásperas alturas de Lobera y á cielo abierto una junta directiva, á cuyo frente se puso al obispo de Orense Quevedo y Quintana (21 de Marzo). Aquel mismo dia se dispusieron varias expediciones, siendo las más inmediatas las que debian auxiliar á los sitiadores de Tuy y Vigo.

Habianse alzado de los primeros en su comarca contra la dominacion francesa el abad de Valladares, espíritu audaz, y el alcalde del valle de Fragoso D. Cayetano Limia, en quien

el peso de los años no habia debilitado la energía del corazón ni extinguido la luz del entusiasmo. Engrosadas sus fuerzas en breves dias, y auxiliados de armas por un crucero inglés, no pensaron en ménos que la reconquista de Vigo, guarnecida por unos mil trescientos franceses. Recostada en la falda de un vistoso cerro, ciñe esta poblacion una muralla débil baja por lo general y sin foso; pero que, rematando en una especie de ciudadela, el castillo de San Sebastian, y estandodominada por otro que se levanta en la cima del Castro, puede ser mantenida algun tiempo por una bizarra defensa.

Entonces se hallaba bien artillada y provista de bastimentos. A pesar de eso los dos guerrilleros se decidieron á bloquearla para privar de víveres y comunicaciones á los franceses. Varias salidas que éstos hicieron por espacio de cuatro dias para aventar aquellas masas informes de paisanos, no sirvieron más que para exaltarlas, y que, creciendo en osadía, estrechaban el cerco. Viéndolas aumentarse con la gente que salia del mismo recinto y la que llegó con Tenreiro y el portugués Almeida, Chalot, jefe de la guarnicion, rompió contra los sitiadores un vivo fuego de cañon el 19. No tenían éstos con qué contestar, y sin embargo, siguieron apretando el asedio, y el brioso abad intimó la rendicion á la plaza. La contestacion no fué rotundamente negativa, pues se apoyaba en lo indecoroso é inseguro de un concierto hecho con simples paisanos; de suerte que, llegando entonces el comisionado de la junta central, el alférez Morillo, pareció ser cosa segura la rendicion, reconociéndole por jefe superior.

Este, antes de intimarla de nuevo, sabedor de que por la parte de Pontevedra venia un socorro de de gente á los sitiados, fué presuroso al puente San Payo, punto intermedio que debian atravesar, lo fortificó con cinco cañones recogidos en el tránsito, y se volvió con un refuerzo de trescientos hombres que llevaban al sitio los capitanes Cachamuiña y Colombo. Elevado entonces á coronel, así porque la gente reunida admitia ya ese grado como para quitar al jefe francés los recelos que manifestaba, le



invitó con una capitulacion, que rechazó. Repitiósele el 27 con la amenaza de pasar á todos á cuchillo si llegaba á dar el asalto preparado; y como todavía contestase evasivamente esperando un socorro del general La Martiniere de Tuy, fueron inmediata y simultáneamente acometidos la ciudad y los castillos. Duró el fuego con alguna interrupcion hasta las once de la noche, hora en que, viendo Chalot próxima ya la entrada del paisanaje, que airado derribaba á hachazos la puerta de la Gamboa, ofreció entregar la plaza á condicion de que se le embarcaria con su tropa en las dos fragatas inglesas que habia en el puerto, y se les llevaria prisioneros á Inglaterra. Aceptada que fué, no sin disgusto de muchos, se efectuó el embarco y entraron los sitiadores en la ciudad, donde encontraron un precioso botin de alhajas y dinero que los franceses habian hecho en su marcha desde Castilla.

Fué de grande efecto en el país esta reconquista, y realmente hubo en ella de singular y admirable el que se hubiese alcanzado sin un solo cañon, acercándose los paisanos al enemigo con singular denuedo cual si manejasen armas iguales. Siendo éste el primer triunfo de Galicia contra los invasores, la suprema regencia, para estímulo de los demas pueblos, elevó á Vigo con la categoria de *ciudad* con el timbre de *fiel, leal y valerosa*, y distribuyó varios honores y pensiones á las viudas y los huérfanos de los que sucumbieron. Entre éstos se deploró á un anciano marinero, el primero que, cuando el fuego era más vivo en la puerta de la Gamboa, se abalanzó sólo con un hacha en la mano para deshacerla. El infeliz cayó á los pocos golpes.

Enajenados de gozo celebraban su victoria los sitiadores, cuando se supo que venia de Tuy en socorro de los ya rendidos un destacamento de seiscientos hombres. Volaron á su encuentro, los desbarataron, mataron á la mayor parte, y cogieron prisioneros á setenta y dos, que enviaron tambien á bordo de las fragatas inglesas: á Tuy sólo regresaron ochenta.

Rescatado Vigo, se esperó que tambien lo sería esta ciudad en seguida. Bloqueada desde el dia 15 por el abad de Couto, el alcalde

Seoane y otros guerrilleros, no lo fué con tanto rigor por falta de gente que no pudiese salir de ella el destacamento á que acabamos de referirnos, á pesar de que la vecina plaza portuguesa de Valencia del Miño los auxiliaba con sus fuegos.

Acudieron allí los caudillos de Vigo y además Barrio con título de comandante general, dado por la junta de Lobera, que sólo sirvió para causar celos y disensiones funestas. Divididos y reñidos los jefes, La Martiniere hizo el 6 de Abril una salida que le dió por fruto la toma de la inmediata altura de Francos, en que habia cuatro cañones. Hubo entonces noticia de que venian en auxilio del francés dos columnas, una de Santiago, contra la cual partió Morillo, y otra enviada por Soult desde Oporto, que sin resistencia se apoderó de la fuerte plaza de Valencia. Los sitiadores de Tuy, al saberlo, se apresuraron á retirarse en varias direcciones.

La columna de Santiago, á las órdenes de Macune, arrolló á Morillo cerca de Redondela, quemó este pueblo y socorrió á Tuy; pero La Martiniere, temiendo verse nuevamente bloqueado al retirarse sus auxiliares, recogió vituallas y artillería, y se incorporó el 16 en Valencia del Miño á la tropa de Heudelet, que debia regresar á Oporto.

Volvieron allí inmediatamente los españoles, levantaron más gente, y organizaron una que se llamó *division del Miño*, á la cual vino á incorporarse la partida del Salamanquino, y en seguida el acreditado D. Martin de la Carrera, jefe del ejército de la Romana, que se habia quedado en la Puebla de Sanabria recogiendo dispersos de la derrota de Verin. Púsose éste á su frente con las facultades que Barrio le trasmitió, haciendo subir la fuerza total al considerable número de diez y seis mil infantes y algunos caballos, con nueve piezas de artillería.

Tomó con la mejor gente el camino de Santiago, á cuyas inmediaciones, en el campo de la Estrella, encontró dispuesta á recibirle al general Maucune, á la cabeza de tres mil infantes y trescientos caballos. Tardó poco en arrollarlos, metiéndose de rebato en Santiago, donde llegó á tiempo de rescatar una canti-



dad considerable de plata labrada de los templos.

Empero no siguió avanzando, y volvió sobre sus pasos por la noticia que tuvo del regreso de Ney y Soult á Galicia de sus expediciones, éste á Portugal y aquél á Astúrias.

En este principado, el único que se vió libre de franceses en la mitad septentrional de España cuando invadieron á Galicia, se habian tomado medidas enérgicas y eficaces para sostener por sí sola la causa nacional, si por desgracia en todas las demas llegaba á sucumbir: un armamento en masa, sin excepcion, de toda persona hábil para las armas, una derrama entre los grandes capitalistas y hacendados, rebaja de sueldos á los empleados mientras durasen los conflictos de la patria, una interdiccion sobre las tesorerías de las iglesias á disposicion de la junta por si las eventualidades de la guerra exigian echar mano de sus fondos.

En punto á medidas militares no fué ménos enérgica. Reunidos los restos de los anteriores armamentos, formó dos nuevos ejércitos, no muy crecidos, para cubrir los dos ingresos laterales de la provincia á cuyo frente puso: en el oriental á un mariscal de campo improvisado entre las prodigalidades de la época, capitán retirado y visitador de tabacos al estallar la insurreccion, y que, sin embargo, no es de los que ménos honran los fastos de nuestra milicia, Ballesteros; y en el occidental, ménos acertado, puso á D. Jose Worster, general del ejército, no por sus merecimientos.

El primero, limitado en los principios á guardar la linea del Sella, cuando tuvo algo disciplinada la gente, avanzó hasta el Deva, cuya orilla derecha ocupaban los enemigos (Enero). Así vecinos, los choques fueron frecuentes, y por lo general ventajosos á los nuestros, señaladamente el que les abrió las puertas de San Vicente de la Barquera á fines de Abril.

Worster, cediendo á las instancias de los patriotas del otro lado del Eo, se decidió á pasarlo para sorprender á la guarnicion francesa de Mondoñedo sin reparar en el estado indisciplinado de su gente, que dió lugar á excesos brutales en Rivadeo. Las circunstancias locales

favorecian la empresa, y sin embargo el enemigo pudo retirarse afortunadamente. En vez de replegarse ó avanzar, entretúvose allí el expedicionario en fiestas y ceremonias como si hubiera logrado algun triunfo, en tanto que el general Marthieu, penetrando en Vivero, la entregaba á saco y se apercebía del descuido de los nuestros. Por medio de una marcha esforzada, cayó sobre ellos de sorpresa, los derrotó completamente, y persiguiéndolos, penetró en Astúrias hasta el Navia. No pasó adelante porque un hermano del malogrado general Acevedo supo rehacer pronto el ejército dispersado, y principalmente porque llegó entonces al principado la Romana con su ejército de Galicia.

Este general, de una nombradía superior á su genio militar y á su fortuna, cuando se le hubo incorporado en Luvian la division de retaguardia, derrotada en Verin por Soult, al pasar á Portugal, tomó la vuelta de Astúrias por las escabrosas montañas de la sierra de Porto. Al atravesar el llano de Ponferrada propusiéronle sorprender á unos mil granaderos franceses acantonados en Villafranca del Bierzo; empresa de corta entidad, pero que, realizada con fortuna (17 de Marzo), en el estado de decaimiento en que iban las tropas, fué de bastante provecho moral.

Pocos dias despues llegó á Oviedo, y en verdad para daño más que en bien de la causa nacional. Olvidando su principal deber, que eran las atenciones de la guerra, se dejó influir de los descontentos que la junta con sus providencias, acertadas las más, inconsideradas algunas, pero todas inspiradas por un espíritu de puro patriotismo, habia creado, y se puso á su cabeza como un jefe de bandería. Altercó ruidosamente con la junta por las atribuciones que á cada cual correspondian, por más que las suyas estuviesen bien circunscritas por la central á lo militar, y á tal grado llegó el acaloramamiento que hizo disolver la junta por medio de una manga de soldados, remedando ridículamente, como observa Toreno, el 18 Brumario de Napoleon. La que nombró arbitrariamente para sustituirla careció del prestigio necesario para hacerse respetar en una época en que la obediencia se consideraba como un acto conve-

niente, si, é indispensable, pero voluntario.

El ejército francés de Galicia, á quien alarmaba el considerable acrecentamiento de tropas en el vecino principado, no desaprovechó tan favorable coyuntura para hacer en él una incursion. Púsose Ney de acuerdo con los generales de su nacion en Valladolid y Santander, y simultáneamente lo invadieron por sus respectivas fronteras. Bonnet, que desde la última ciudad entró por el camino de la costa, no pasó de Villaviciosa, cerca de Gijón; pero Ney y Kellerman no se detuvieron hasta Oviedo (9 de Mayo). La Romana, sorprendido, apénas tuvo tiempo para embarcarse en aquel puerto para Galicia, y los moradores, abandonados, huyeron dejando sus casas y haciendas á merced del invasor. Tres dias de saqueo redujeron á muchos á la miseria, á la vista casi de Worster, que no osó acercarse á Oviedo sino con grande lentitud y como tímidamente. Ballesteros, solo, tampoco pudo hacer más que preservarse de una derrota, engolfándose en las montañas de Covadonga. Ney, empero, no sólo no avanzó ni se empeñó en la sujecion de todo el principado, sino, dejando á Kellerman en Oviedo, se volvió á Galicia presuroso. Llamábanle el estado alarmante de la insurreccion del Miño, la retirada de Soult y la actitud del ejército de la Romana.

Esta fuerza, mandada por Mahy, en tanto que su general huía vergonzosamente de Astúrias, se desprendía de las montañas occidentales en que se hallaba, y trataba de llamar la atencion del invasor atacando á Lugo, que estaba guarnecida por el general Fournier. No pudo sorprenderlo, porque la vanguardia se encontró á dos leguas de la ciudad, en Castro de Fera, con una columna enemiga, que se replegó inmediatamente; pero lo derrotó al dia siguiente en la batalla que salió á presentarle extramuros. Los jinetes franceses volvieron luego grupa y atropellaron á la infantería poniéndola en tal confusion que algunos soldados catalanes, ardientes en la persecucion, entraron mezclados con los fugitivos en la plaza.

La felicidad de este choque alentó á Mahy para ponerle cerco. Ciudad de grande importancia ya en tiempo de los romanos, Lugo está

ceñida de una alta muralla flanqueada por torreones que, aun contra los recursos mucho más poderosos de la guerra en nuestros tiempos, ofrece bastante resguardo y defensa. Sin embargo, Fournier, teniendo consigo dentro de la ciudad un enemigo más terrible que el exterior, el vecindario, hubiérase visto en la precision de sucumbir á no haberse presentado dichosamente á los cinco dias el mariscal Soult con su ejército de vuelta de Portugal. Levantó Mahy el cerco la víspera y se replegó á Mondoñedo, adonde vino á juntársele la Romana, desembarcado en Rivadeo.

Pero allí supieron que Ney regresaba tambien de Astúrias, y temerosos de ser cogidos entre dos fuegos, ejecutaron una marcha atrevida rozándose con el enemigo en Lugo, para ir á parar á Orense y ponerse en comunicacion con las tropas levantadas en las provincias de Tuy y Santiago. Por su parte los mariscales, conociendo el riesgo que corrian si esta union se verificaba, decidieron obrar rápida y enérgicamente para sofocar la terrible insurreccion de toda Galicia. Concertaron que Soult se dirigiera á la Puebla de Sanabria en persecucion del ejército de la Romana, y Ney, marchando por la costa contra el de la Carrera, avanzaría hasta Tuy, comunicándose y uniéndose despues por la linea del Miño.

La brillante y entusiasmada division que llevaba la denominacion de este rio, mandada á la sazón por el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia, se fué retirando hasta Puente San Payo, cortado y fortificado por Morillo poco antes. Apenas habian acabado de pasarlo por medio de un puente de barcas, se presentaron los enemigos en la orilla opuesta y rompieron un fuego intenso (7 de Junio). Eran éstos en número de ocho mil infantes y mil y doscientos caballos: los nuestros eran ochocientos más; pero como cuatro mil estaban sin fusiles, armados de cualquier modo, la desproporcion era considerable. Tenian en cambio las ventajas de las posiciones: una bateria levantada en la cima de una pequeña altura de su orilla, formaba el centro y enfilaba el camino de Pontevedra, que ocupaban los franceses; por la izquierda está la





ria de Vigo, que allí termina, donde se habían colocado lanchas cañoneras, cuyos fuegos debían ser de mucho efecto por lo bajo del terreno opuesto; la derecha, resguardada por el río Caldelas ó Verdugo, se apoyaba en un terreno escabroso, y dos leguas más arriba el Puente Caldelas había sido cubierto por el jefe de vanguardia y el valiente Marquez. Seis horas combatieron aquel día los franceses nuestros puestos sin fruto alguno. Con mayor tenacidad é igual desgracia al día siguiente se empeñaron en flanquear nuestra izquierda, acometiéndola por un banco de arena que se descubre en la marea baja, mientras por la derecha ensayaban pasar el río por Puente Caldelas y los vados de Sotomayor. Dolido Ney de la sangre inútilmente vertida, y convencido de la imposibilidad de forzar aquel paso, se retiró al otro día 9, al amanecer, encubriendo su movimiento y con trazas de fugitivo.

La expedición de Soult no fué más afortunada. Después de agitarse en vano tres semanas hácia Orense por un terreno quebrado en busca de un enemigo que huía todo encuentro, favorecido por el país; fatigado de una lucha sorda y sin gloria con el paisanaje, que le seguía á todas partes desangrándole gota á gota; viendo á su tropa aburrida sin algun descanso tras la penosa campaña de Portugal; y por último, desavenido con Ney, determinó abandonar su empresa de Galicia y retirarse á Castilla.

Verificó el paso del Sil por Monte-Furado, así llamado por haberlo perforado los romanos, según tradición, para tránsito del río; y por vengarse de la resistencia que desde la orilla opuesta le hicieron las partidas de los hermanos Quirogas, hizo saquear y asolar los pueblos de aquella margen por el general Loison. Suponiéndole otra intención, la Romana se acercó á la raya de Portugal hasta que vió al ejército entero de Soult tomar el camino de Castilla por las Portillas y descansar en la Puebla de Sanabria (23).

Ney, irritado por la partida del duque de Dalmacia y juzgándose con ella más imponente para domeñar la insurrección gallega, evacuó también á Galicia marcando la huella de

su paso hasta Astorga con actos de verdadero vandalismo.

A los cinco meses de haber sido invadida, se veía libre Galicia, merced á su asombroso levantamiento unánime, á su actividad y perseverancia. Se pudo conocer entonces lo que puede un pueblo defendiendo su hogar y la patria. Rudos paisanos, tropas sin instrucción y mal armados, caudillos inexpertos triunfaron de huestes aguerridas y de consumados generales: el prodigio lo hizo el entusiasmo, la unión general, la abnegación y la unidad, allí mejor que en ninguna otra provincia mantenidas. Ningun hombre capaz de llevar un arma, ora estuviere de partida, ora de descanso en su aldea, conceptuaba haber *ganado el día* si no mataba un francés. Los medios eran indiferentes; en campo raso ó detrás de una tapia, desde una casa ó un bosque ó á brazo partido, reunidos ó uno á uno. Lo que importaba era que cada uno librara á la patria cada día de un enemigo. Así fué como Soult y Ney se encontraron, llenos de asombro, al salir de Galicia con la mitad del ejército que á ella habían llevado.

A la evacuación de Galicia fué consiguiendo la de Asturias por Kellerman y Bonnet. Debilitadas sus fuerzas con la vuelta de Ney en socorro de Lugo, los generales españoles se reanimaron y salieron de sus montañas á atacarlos. El primero de aquellos tuvo que abandonar á Oviedo al observar el movimiento combinado de Barceña y Worster, y retirarse á Castilla.

Ballesteros, reuniendo en las breñas de Covadonga más de diez mil hombres, llamó bastante los cuidados del segundo para que saliese á su alcance. Empeñado indiscretamente en mantenerse dentro de la famosa cueva á ejemplo del esforzado Pelayo, restaurador de la monarquía en otra invasión, sintió la falta de víveres cuando le habían ya cerrado el único camino que allí conduce, que es el de Cangas de Onis. Tuvo que desistir de su romántico pensamiento y buscar su salvación en Castilla atravesando con mil penalidades las enroscadas montañas que le separaban de Valdeburón, adonde llegó el 26 de Mayo.

Desde allí se trasladó á Torrelavega in-



tentando sorprender á Santander, guarnecida por sólo mil hombres. La lentitud con que se movió dió tiempo á éstos para abrirse paso dejándole algunos prisioneros. Ocupó en seguida la ciudad; pero, confiando sobradamente en la grande superioridad de sus fuerzas, no tomó precauciones contra la sorpresa que, en la noche de aquel mismo día (10 de Junio), le hizo la guarnición, reforzada. La confusión y el desparramiento fueron completos; tomó cada cual por donde pudo, siendo Ballesteros y el coronel de la Princesa, Odonnell, los primeros á embarcarse en una lancha que, á falta de remos, impulsaron dos soldados con las culatas de sus fusiles.

Sólo salió con honra de aquella espantosa retaguardia el batallón nombrado de la Princesa. Abandonado por su jefe, un simple oficial, el denodado Garvayo, se puso á su cabeza, lo condujo á Medina de Pomar, y desde allí, salvando mil peligros, cruzó Castilla y Aragón hasta que encontró al general Villacampa en Molina.

También se salvó por su arranque de valor intrépido el llamado Marquesito ó Porlier con alguna gente, á cuyo frente rompió por en medio del enemigo. Era éste un guerrillero, que por medio de sorpresas y aprehensiones atrevidas, ingeniosas y de cuantía, había extendido ya su fama por toda Asturias y las provincias limítrofes de Castilla.

Desembarazado el marqués de la Romana de los cuidados de la guerra, que á la verdad no los tomaba con grande afán en su natural

flojedad de espíritu, se metió en la Coruña para propasarse á las mismas arbitrariedades que había cometido en Oviedo. Constituyéndose en procurador y juez de todos los ofendidos justa ó injustamente, erigiéndose en autoridad soberana, procedió á averiguaciones indecorosas, suprimió las juntas de partido, á las cuales se debía el levantamiento en masa de los pueblos, y sometió todo el país al régimen de unos gobernadores militares, elegidos por lo general entre los caracteres más atropellados y violentos, á pretexto de que se necesitaba un gobierno enérgico. ¡Como si la energía de carácter dependiera de vestir uniforme! ¡como si la misma Galicia no hubiese acabado de insurreccionarse y pelear bravamente sin los cabos de vara de los gobernadores militares!

Hasta que hubo complacido todos los resentimientos y completado su organización de cuartel, no pensó en sus deberes como general. Entonces envió á Mahy á tomar el mando militar de Asturias, y se puso en marcha para Castilla con diez y seis mil hombres y cuarenta cañones, dejando ordenado á Ballesteros que saliese á incorporarsele con los diez mil que había vuelto á reunir.

Se hallaba todavía en Astorga á mediados de Agosto cuando el nombramiento que en él hizo la junta de Valencia para representarla en la central por el fallecimiento del Príncipe Pío, hizo pasar el bastón de mando del ejército de Galicia y Asturias á las manos del duque del Parque.